

## *Tendencias de las Fraternidades Socio-universitarias en los Estados Unidos*

*Por Alfred McCLUNG LEE,  
jefe del Departamento de Sociología  
y Antropología del Brooklyn College,  
presidente del National Committee on Fraternities in Education,  
etc. Traducido por Oscar Uribe Villegas.*

LOS científicos sociales no han atendido seria y sistemáticamente el problema de las organizaciones sociales voluntarias de los pre-graduados, al grado de que, en realidad, sabemos más acerca de ciertas sociedades secretas primitivas que con respecto a las fraternidades masculinas y femeninas de tipo socio-universitario existentes en los Estados Unidos.

Al decidirse por determinadas orientaciones, los administradores de las universidades parten de una serie de asunciones relativas a la forma en que funcionan tales organizaciones. Así, por ejemplo, el preámbulo de las regulaciones concernientes a la elegibilidad de miembros en dichas fraternidades tanto masculinas como femeninas, contiene —en la Universidad de Syracuse— la siguiente afirmación: “Es fin último de una institución educativa democrática el estimular creencias y prácticas que estén libres de prejuicios y discriminaciones”. Esto refleja una preocupación básica de la universidad en cuanto a la naturaleza de las influencias extra-académicas de la vida universitaria sobre los estudiantes, pero son más las preguntas que deja sin respuesta que aquellas a las que responde; es así como nada dice acerca de qué tan democrático es el entrenamiento informal que adquieren los estudiantes americanos en las fraternidades

sociales ya sea de varones o de mujeres, o acerca de qué tan democrático podría ser ese mismo entrenamiento.

Sin embargo, la concepción que tiene la Universidad de Syracuse acerca de la responsabilidad corporativa respecto de las condiciones de membresía en las organizaciones estudiantiles no es compartida ampliamente por las universidades norteamericanas. Un punto de vista más típico es el sustentado por la Universidad de Missouri, para la cual "La Universidad, en sí misma, no tiene que ver con las bases para la aceptación de miembros en estas organizaciones (fraternidades, etc.) a no ser por lo que respecta al requerimiento de que los miembros sean estudiantes inscritos en la Universidad". Estas afirmaciones dan alguna pista indicativa de nuestra relativa despreocupación por el papel que tienen las fraternidades sociales varoniles y femeniles en las experiencias educativas de sus miembros. Al interpretar las razones que pudieran sustentar esta regla, el vicepresidente de Missouri encargado de las actividades estudiantiles escribe al respecto: "No creo que deba hacerse de la Universidad un instrumento de reforma, aún cuando esté de acuerdo en que se necesita esa reforma".

A pesar de este esfuerzo, muy típico, para dejar de lado el problema, se ha retrasado largamente un movimiento reformista en contra de las discriminaciones raciales y religiosas prevalentes entre las fraternidades estudiantiles, que se desarrolló con el retorno a la vida universitaria, de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Este movimiento reformista ha sido casi totalmente espontáneo, de carácter local, y sin liderato o coordinación nacionales. Desafortunadamente, tras de alcanzar una cúspide entre 1948 y 1950, ha venido decayendo en forma perceptible.

Menos del 25% de las fraternidades universitarias tienen actualmente regulaciones, así sean ligeras, en contra de los prejuicios. Más aún, existe la duda —muy seria, por cierto— de si son realmente significativos los resultados de la democratización en universidades que han adoptado dichas regulaciones, diferentes de los patrones Princeton y Amherst. Con pocas excepciones, se justifica aún la acusación de que las fraternidades universitarias estadounidenses son escuelas de entrenamiento en el esnobismo racial y religioso más que microcosmos democráticos a pesar de lo que proclaman sus oradores y sus principios.

Cabe preguntarse si esa situación es necesaria, y si dichas organizaciones pueden mantener el interés de los estudiantes y operar democráticamente. Puesto que dichas organizaciones dan a uno de cada cinco de nuestros pre-graduados tres o cuatro años de vívidas experiencias en

cuanto a los prejuicios raciales y religiosos, la respuesta que se dé a esta pregunta es de la más grande importancia. Esto resulta especialmente cierto en cuanto se hace resaltar que esta fracción estudiantil de casi 400 000 personas, incluye a muchos de los estudiantes de mayor personalidad y más privilegiados.

Los estudios de que se dispone, y los materiales que incidentalmente aparecen no preparan a quienes se ocupan con la vida estadounidense, para entender el papel tan penetrante jugado por dichas organizaciones entre las clases medias y superiores norteamericanas. Los estudiosos de las ciencias sociales han analizado algunos de sus ritos, la forma en que sus miembros evalúan, son valuados y computados; han informado asimismo acerca de un cierto número de opiniones de sus miembros, y han señalado asimismo la forma en que esos cuerpos encajan en general dentro de la estructura de las ciudades universitarias. Sin embargo, sabemos demasiado poco acerca del papel que dichas organizaciones juegan socialmente y en el desarrollo de la personalidad. Novelas tales como *The Plastic Age* de Percy Marks (1924), y *Gideon Planish* de Sinclair Lewis (1943), dan impresiones bastante buenas de los que se mantienen por parte de las fraternidades en cuestión. Los órganos de lisonja doméstica de los cuerpos nacionales, así como las noticias ocasionales sensacionalistas, y los artículos de las revistas, sirven para describir la asociaciones, pero, por supuesto, dan concepciones prejuiciadas y superficiales.

No es sorprendente el que los científicos sociales académicos hayan descuidado con mucho las fraternidades sociales. Sea que, como pregraduados, hayan sido o no miembros de alguna fraternidad, los profesores de artes liberales se reclutan en su mayoría de entre las personas menos identificadas durante su vida estudiantil con los grupos de juego tipo pandilla organizados por sus compañeros. Como resultado de la subsistencia de esta distancia social entre los profesores y los miembros de las fraternidades, o, en otras palabras, de nuestra falta de conocimiento con respecto a esas fraternidades, la política universitaria se moldea frecuentemente en forma de reacciones contra rituales primitivos y travesuras juveniles, y como respuesta a alumnos bulliciosos, exuberantes y sentimentales. Tal política trata frecuentemente a las fraternidades, en el mejor de los casos, como males necesarios, producidos por intereses creados, por juego de muchachos, o por una escasez de dormitorios. Las alianzas entre las fraternidades y los alumnos que sobre-enfatizan el atletismo no facilita el entendimiento o la comprensión por la facultad.

La política seguida por las facultades refleja muy de vez en cuando un reconocimiento claro de que organizaciones que como éstas absorben tanto tiempo y esfuerzo de muchos pre-graduados selectos son poderosas influencias dentro de la vida universitaria, y que tienen un papel educativo que no es, ni con mucho, menos importante que el que desempeñan en labores menos constructivas. Desde luego, no estoy tomando muy en serio la afirmación hecha por la Association of American Colleges y por la National Interfraternity Conference, según la cual, las fraternidades, cuando están “organizadas y se mantienen en forma adecuada” son “rasgos esenciales del proceso educativo”; por el contrario, me doy cuenta de que estos dos cuerpos estaban formulando ideales, y no describiendo las prácticas y las posibilidades reales de las fraternidades estudiantiles.

Las críticas que los miembros de las facultades hacen principalmente en relación con las fraternidades sociales son: 1) que prolongan la adolescencia, y 2) que están construídas necesariamente sobre el esnobismo, y, especialmente sobre la discriminación en contra de todas las religiones y grupos raciales, exceptuados los propios. En la forma actual de organización de las fraternidades, hay considerables evidencias que respaldan esta acusación; por lo mismo, si los cargos son correctos e irrefutables, pienso que sería necesario eliminar por completo a las fraternidades de nuestra vida universitaria. Sin embargo, los hechos de los que se dispone no permiten una conclusión tan clara, dogmática y tajante. En efecto, es necesario y trataremos de examinar brevemente el primero de los cargos, para tratar en seguida, más detalladamente, del segundo.

La afirmación de los profesores de que las fraternidades prolongan la adolescencia, nos recuerda los comentarios de padres sobre-protectores acerca de los “horribles” compañeros de juego de sus hijos. Aparentemente, tanto los padres como los substitutos de los padres en nuestra cultura, asumen muy frecuentemente que la nueva generación puede ser asimilada sólo dentro de la moral superficial del hogar y de la escuela y poder sólo con este equipo de valores, obtener lo que se tiene funcionalmente en nuestra sociedad por madurez. Todos ellos pasan por alto, con mucha frecuencia, que en su anhelo de simplificación olvidan la necesidad que muchos sienten de lograr un cierto grado de autonomía personal, y que existe una relación entre esa autonomía y la maduración. Olvidan también, con igual frecuencia, lo que se ha dado en llamar naturaleza esquizoide del sistema de valores y de las actitudes con respecto a los valores en nuestra sociedad.

A pesar de lo que las apariencias y los estereotipos podrían hacer suponer, es muy posible que la moralidad superficial y el autoritarismo de nuestras escuelas tengan que ver mucho en la prolongación de la dependencia del adolescente, y que grupos del tipo pandilla tales como las fraternidades puedan ayudar a muchos hacia la independencia. Los ejemplos de los fracasos de las fraternidades en este aspecto frecuente, de tiempo en tiempo, las salas capitulares, especialmente durante la estación futbolística y las reuniones de graduados, pero los educadores también ven en los patios de las universidades ejemplos de su propia falta de éxito en cuanto a la ruptura del cordón umbilical. Algunos de estos dependientes psicológicos son colegas.

Una alternativa que frecuentemente ha sido sugerida y respaldada por los miembros de las facultades es el grupo o club que se desarrolla en torno de especiales intereses como pueden ser el de los debates, el de la política o el de las vocaciones. La principal dificultad con que se enfrentan tales clubs, especialmente en estos días tensos de patios escolares cuidadosamente controlados e insularizados, consiste en que tienen que depender de expertos (miembros de la facultad o equivalentes traídos de fuera), en lo que se refiere a guía, y, por lo mismo, en que tienen que soportar un control considerable. He tenido ocasión de observar la fuerza destructiva que converge sobre el decano de estudiantes, pero aún me molestan los voluminosos códigos mimeografiados relativos al “reconocimiento” y a la “regulación” de las organizaciones del patio universitario. Prueban, del modo más concluyente, que los grupos de patio universitario son muy raras veces algo distinto de extensiones del salón de clase. Estos códigos se preocupan extensamente de las formas en que hay que bloquear las actividades de controversia.

Los grupos de patio universitario centrados en intereses especiales tienen frecuentemente todo el ritualismo y la mala ventilación de las actividades formales de una escuela dominical, o de una tropa de boy scouts. En apariencia, las únicas organizaciones estudiantiles voluntarias a las que aún concedemos una gran autonomía relativa, son las fraternidades, y, tanto en su caso como en el de las cuadrillas de boy scouts, son más sus aspectos informales que sus aspectos formales los que tienen particular significación en las “historias de vida” personales.

Examinemos, en seguida, la otra crítica que se hace de las fraternidades, y que se refiere a la afirmación de que están construidas necesariamente sobre el esnobismo, y muy en particular, sobre la discriminación en contra de personas que pertenecen a otros grupos raciales o religiosos.

En los comedores de las facultades y en las reuniones de los comités, ésta es la razón que más se invoca para la reforma o la eliminación de las organizaciones fraternalistas.

El ejemplo de la Phi Delta Theta ha hecho que se tome muy en consideración dicha crítica, ya que dicha fraternidad nacional suspendió a Amherst y Williams en 1953 por haber violado la cláusula constitucional que limitaba el ingreso a personas de "pura sangre aria". Cuando la Universidad de Chicago amenazó con disolver a su cabildo de la Phi Delta si no se plegaba a la política no discriminatoria de la universidad, la Phi Delta Theta hizo una hipócrita modificación de la cláusula aria, convirtiendo el requerimiento de ingreso en la necesidad de ser "socialmente aceptable", cláusula que pretende tener la misma significación.

La Universidad de Connecticut obligó a cuatro fraternidades —Lambda Chi Alpha, Sigma Nu, Kappa Sigma, y Sigma Chi— a romper sus vínculos nacionales a fin de que se sujetaran a los dictados de la universidad relativos a política no discriminatoria. Amherst, Dartmouth y Columbia se preparan a rehusar reconocimiento a cualquier grupo que limite el ingreso de miembros por razones de raza o religión. Esperando reformar más que castigar, Columbia y Dartmouth han establecido una línea mortífera para dar a las fraternidades varias convenciones nacionales en las cuales acepten lo que es para ellas una nueva concepción. Los actos de Columbia y de Dartmouth han sido respaldados por los *referenda* estudiantiles.

Pero sólo unas cuantas universidades, sólo 5 de las 125 principales "fraternity colleges" que son inspeccionados por el National Committee on Fraternities in Education, han tomado una posición tan firme. Una posición mucho más popular es la asumida por unas dos docenas de escuelas, las cuales proscriben a las nuevas sociedades discriminatorias, permitiendo en cambio aquellas que ya funcionan dentro de la vida universitaria, siempre y cuando cumplan la condición de hacer "sinceros esfuerzos" ya sea para reformar sus organizaciones matrices, o para obtener completa libertad de acción con respecto a ellas.

Sin embargo, en gran parte la lucha no está siendo sostenida por las universidades o por los jefes de las fraternidades nacionales, sino los pre-graduados. Estos líderes estudiantiles creen que la acción universitaria es necesaria para consolidar lo que han ganado, pero la mayor parte de las escuelas no han asumido una postura al respecto. La investigación del Comité Nacional reveló que en unas 95 de las 125 principales "fra-

ternity colleges", la política de las universidades en la materia es negativa, un verdadero fracaso en la aceptación de la responsabilidad.

Algunas experiencias recientes de la Universidad del Estado de Nueva York ilustran en forma extrema, algunas de las facetas de este tipo de crítica. Su administración ha llegado a preocuparse por la naturaleza antidemocrática de las fraternidades tanto de varones como de mujeres de sus libérrimos campos; por lo mismo, ha exigido a todos los grupos de esta naturaleza la eliminación de las restricciones de ingreso basadas en consideraciones de orden religioso o racial. Los cabildos de las fraternidades nacionales siguieron esta política sólo superficialmente, y se llegó a saber que algunas de ellas impusieron promesas secretas y observancias rituales que negaban la política adoptada por la universidad del Estado. El Rector William S. Carlson insistió en que todas las fraternidades, tanto de varones como de mujeres, se adhirieran al espíritu de esa política, pero, en vista de que las organizaciones nacionales se empeñaron en seguir frustrando ese espíritu mediante prácticas consideradas como perniciosas por Carlson y sus asociados, el Consejo de Administración decidió que no era posible lograr que las fraternidades nacionales accedieran a presentar una docilidad completa, por lo que, consecuentemente, retiró el reconocimiento a los cabildos de todas las fraternidades de varones o de mujeres, de carácter nacional. Sólo los grupos fraternos locales continuaron recibiendo reconocimiento de parte del Consejo, en vista de que la experiencia con estos últimos había sido mejor.

De este modo, la Universidad del Estado de Nueva York no sólo igualó a las de Syracuse, Connecticut, etc., en cuanto a su afirmación de que la existencia de organizaciones anti-democráticas en la vida universitaria sí interesaba a la universidad misma, sino que llegó a la conclusión —que puede o no considerarse como precipitada— de que sólo mediante la eliminación de la influencia ejercida por las organizaciones fraternas nacionales, se podría estimular a los grupos sociales no discriminatorios.

En 1949, bajo la presión de los pre-graduados, la Conferencia Interfraternalista Nacional recomendó a aquellas de sus organizaciones constituyentes que tuvieran una política de membresía discriminatoria, que revisaran tales disposiciones con vistas a su remoción. Sin embargo, a partir de entonces han predominado en la Conferencia elementos más conservadores, y su resolución más reciente a ese respecto pide la "autonomía de las fraternidades", lo cual quiere significar que las fraternidades nacionales serán las que determinen las normas de ingreso como

miembros, en tanto que, muy cortésmente se pide a las universidades que se abstengan de intervenir.

Todo esto, por lo que respecta a unas cuantas evidencias de la dañina discriminación y de la resistencia que encuentra, tras de lo cual, es conveniente que examinemos dos de los recintos universitarios que proporcionan los mejores ejemplos de grupos sociales no discriminatorios: Princeton y Amherst. En efecto, tanto los clubs-comedor de Princeton como las fraternidades de Amherst han ido mucho más allá que otras organizaciones sociales universitarias en cuanto a la eliminación de la exclusividad racial y religiosa como criterio en la selección de sus miembros. Por lo mismo, se les puede tomar muy bien como guías que apuntan hacia la forma en que las fraternidades se pueden adaptar a normas más elevadas de vida democrática.

Tanto en Princeton como en Amherst, todos los interesados pueden unirse a las organizaciones sociales, y todas las organizaciones sociales encuentran acomodo para todos los interesados. Los miembros de los grupos minoritarios no son segregados en clubs especiales sino que son asimilados por toda una serie de clubs-comedores y de fraternidades. De este modo, los sistemas de Princeton y de Amherst que se han visto coronados con el mejor de los éxitos, son, probablemente, la mejor respuesta para quienes consideran que las fraternidades tienen que ser esnobistas de necesidad.

¿Qué posibilidades de cambio hay, con respecto a esta situación en otras universidades? Henry Merritt Wriston Rector de la Brown University, ha señalado que las restricciones raciales y religiosas dentro de las fraternidades desaparecerían si se dejara a sí mismos a los estudiantes. Este punto de vista resulta corroborado por la investigación de alcance nacional llevada a cabo por Roper en 1950, la cual reveló que 60% de los estudiantes universitarios se oponían a tales discriminaciones, y que sólo el 20% era favorable a la exclusión. Un 20% adicional creía que la solución debía encontrarse en restricciones parciales. Contra lo que muchos esperarían, hubo pocas diferencias en la votación de los estudiantes que eran miembros de fraternidades, y la de quienes no pertenecían a ninguna de ellas. El movimiento nacional y mundial que dió a los Estados Unidos las disposiciones en contra de la segregación en las escuelas (dictadas por la Suprema Corte el 17 de mayo de 1954), ha tenido también algún reflejo en los patios universitarios. Para no citar un caso, mencionaremos que mientras el *referendum* de Darmouth dió como resultado un 21% de votos favorables a la continuación de las res-



tricciones raciales y religiosas, otro *referendum*, celebrado ahí mismo en abril de 1954, puso de manifiesto que dicha posición era mantenida solamente por un 14% de los estudiantes.

Por desgracia, los miembros de las fraternidades estudiantiles forman parte de un sistema que les impide moverse en el sentido señalado por Wriston. Es un sistema sobre el que tienen muy poco control y el cual prohíbe en forma bastante efectiva el que muchos de ellos ejerzan el derecho de libre asociación. La mayor parte de las fraternidades nacionales están gobernadas —si no nominalmente si realmente— por graduados universitarios, que no son, y eso no necesita decirse, “cortes transversales” de los alumnos de la fraternidad. Muchos de los que asumen papeles y participación activos en los asuntos de las fraternidades nacionales caricaturizan los peores aspectos de la vida de la fraternidad, y están completamente aferrados al *status quo* fraternal. Movidos por estos graduados, ayudan a perpetuar tendencias ultra-clásicas desusadas, los burócratas de las fraternidades. Algunos cabildos no conformistas, en ocasiones reúnen a grupos de antiguos graduados que los sostengan, pero dichas fuerzas sólo de vez en cuando resultan capaces de sostener el esfuerzo necesario para promover un cambio básico.

Se necesitan dos tipos de cambio para aproximar las prácticas discriminatorias raciales y religiosas de las organizaciones estudiantiles universitarias, a los objetivos democrático-educativos de la universidad. El primero se refiere al interés en la remoción de las cláusulas y constituciones restrictivas, que en la práctica parece dar poco resultado. El segundo tipo de cambio, realmente significativo, se ha alcanzado solamente en aquellos lugares en que la universidad ha determinado que la continuación de las restricciones raciales y religiosas es incompatible con su política educativa básica. Más del 80% de los rectores de las universidades han expresado su preocupación por el logro de tales finalidades, pero menos de una cuarta parte de las universidades estudiadas que cuentan con fraternidades han hecho algo, así sea cosa mínima. Expresar la preocupación por el problema está muy lejos de equivaler a que se asuma la responsabilidad de su solución.

En el término de cuatro años, a lo que parece, quedarán pocas fraternidades nacionales con cláusulas ofensivas, según permite prever el hecho de que el número de ellas que se encuentran en tales condiciones haya disminuído de 25 a 11 en los 6 años próximo-pasados. Actualmente no hay fraternidades femeninas que tengan tales cláusulas. Sin embargo, la preocupación por las cláusulas no es sino un primer paso, y, en gran

parte, una formalidad, ya que, ni remueve el obstáculo, ni promueve la integración.

Para llegar al nivel de integración real, se necesitan muchas investigaciones acerca de la naturaleza compleja de dichas organizaciones como familias extendidas, y como escalones de la vida de familia a la comunidad extensa, como instrumentos para la evaluación, las citas y el casamiento de los estudiantes universitarios. De año en año, unas pocas escuelas más se encargan de reformar, con diversos grados de rigor, la política de las fraternidades, y, con una frecuencia semejante una organización social de siglas griegas modifica sus prácticas de membresía desde dentro, pero resulta muy claro el que ningún cambio significativo habrá de producirse a menos que se estimulen en forma considerable los esfuerzos de los administradores, las facultades y los graduados y no graduados universitarios.

A fin de proporcionar hechos e investigaciones que permitan tal estímulo, un grupo de educadores universitarios, y de personas destacadas de la comunidad han formado el National Committee on Fraternities in Education. Este grupo cree que las fraternidades sociales de varones o de mujeres pueden convertirse en microcosmos democráticos, en los que una parte de quienes participan en la vida universitaria pueda tener experiencias genuinas importantes en la vida democrática. El Comité trata de conseguir lo que pretende: 1), proporcionando información acerca del desarrollo de la política y los programas de las fraternidades de varones y de mujeres, 2), emprendiendo las investigaciones y estudios apropiados, que incluyen el ulterior examen del daño a los objetivos educativos y al desarrollo de la personalidad hacia el cual oriente la evidencia preliminar, 3), haciendo que las fraternidades, las universidades, los servicios de consulta, las universidades, las organizaciones estudiantiles y el público en general disponga de servicios de consulta y de información, 4), estimulando la realización de conferencias entre los graduados, los jefes de las fraternidades pre-graduadas, y los administradores de las universidades a fin de promover el entendimiento de los problemas y de la acción correctiva en cada caso particular, y 5), estimulando a las universidades, a las organizaciones nacionales y a los graduados a reconocer la importancia de permitir que los jóvenes seleccionen a sus compañeros sobre la base del criterio personal.

El National Committee on Fraternities in Education está poniendo en práctica su programa, comenzando por enfrentarse a la dificultad de ocuparse de un problema social en el que no hay suficiente interés,

y que no despierta inquietudes con respecto a los resultados benéficos que se puedan lograr. Con la ayuda que ha recibido el propio comité, puede pensar en proporcionar a los pre-graduados y a otras personas interesadas en la eliminación de las prácticas discriminatorias, los servicios de una fuente estable de experiencias, y otras informaciones útiles para el desarrollo de sus esfuerzos. Desde el punto de vista de las facultades, dará una contribución importante en cuanto ayude a hacer disminuir la distancia social entre los profesores y quienes en el futuro habrán de participar en los negocios, en la política y en las actividades sindicales, quienes frecuentemente encuentran más estímulo —para bien o para mal— en las fraternidades sociales, que en las aulas de una universidad.

¿Pueden ser democráticas las fraternidades sociales? Sabremos más acerca de la forma en que podemos contestar esta pregunta en cuanto la lucha adelante, bajo la guía de algunos de nuestros mejores pre-graduados. Puede asegurarse, sin lugar a duda, que el cabildo Amherst de la Phi Kappa Psi —ahora el Phi Alpha Psi local — da buenas razones para pensar en que, al menos ciertas fraternidades pueden ser democráticas. La fraternidad nacional lo expulsó de su seno ante la decisión unánime de sus miembros de iniciar a un negro en 1948. La organización local supo capear el temporal; mantuvo el alto reconocimiento de que gozaba tanto en las actividades estudiantiles como en su calidad de grupo que poseía las más altas calificaciones de su universidad. Aún más, en un período en que los estudiantes tuvieron que enfrentar condiciones desusadas, sociales y de otro tipo, el Rector de Amherst hizo pública la completa confianza que tenía en dos casas, una de las cuales era precisamente la Phi Psi. De ahí que no resulte extraño el que el doctor Alfred S. Romer, alumno graduado de esta fraternidad y Director del Museo de Zoología Comparada de Harvard, haya escrito recientemente acerca de ese grupo “Se ha ganado la lucha; la bandera aún ondea a toda asta”. Las fraternidades sociales pueden ser democráticas. Esperemos que sean muchísimas más las que lo logren en un breve plazo.